

AUSTIN Y WITTGENSTEIN: EL ABSURDO INTENTO CLASIFICATORIO DEL LENGUAJE VISTO ÉSTE COMO UNA VIEJA CIUDAD

Farías López, Isbelia Esther*
Universidad Experimental de la Seguridad
Venezuela

Resumen

En las siguientes líneas partiremos de la lectura de dos textos, *Cómo hacer cosas con las palabras* de John Langshaw Austin, y *las Investigaciones filosóficas* de Ludwig Wittgenstein con la pretensión de, una vez abordados algunos de los planteamientos de estos autores en torno al lenguaje, intentar una aproximación crítica al absurdo afán clasificatorio por parte de Austin, concibiendo para ello al lenguaje según la metáfora de una vieja ciudad tal y como lo ha planteado Wittgenstein. Asimismo nos proponemos indagar en la posibilidad de alguna influencia del pensamiento de Wittgenstein en la obra de Austin, aún cuando éste se muestre en apariencia distante del pensamiento de aquel. Todo ello, partiendo desde el punto de vista del lenguaje visto como un espacio abierto ante el mundo y que no se agota en un esquema.

Palabras clave: Austin, Wittgenstein, lenguaje, clasificación.

Abstract

In the next lines we will begin from the lectures of two texts, *How to do things with words* by John Langshaw Austin, and the *Philosophical Investigations* by Ludwig Wittgenstein with the purpose of, once we have discussed some of the approaches of these authors about language, setting a critical approximation to the absurd qualifier desire of Austin to conceive language as the metaphor of an old city as Wittgenstein has stated. We also intend to look out the possibility of any influence of Wittgenstein's thought in the work of Austin, even though Austin has apparently shown himself distant to his thought. All this, starting from the point of view of language seen as an open space to the world that does not end up in a mere scheme.

Key Words: Austin, Wittgenstein, language, classification.

*Magister en Filosofía. Docente en la Universidad Experimental de la Seguridad (UNES).
E-mail: isbeliafarias@gmail.com

Finalizado: Maracaibo, Agosto-2012 / Revisado: Septiembre-2012 / Aceptado: Noviembre-2012

I

Austin fue un filósofo del lenguaje ordinario, profesor de Oxford, educado de manera estricta bajo la perspectiva filosofía clásica aristotélica. Realizó un gran aporte a la filosofía del lenguaje ordinario en tanto que fue su fundador con la original idea de los actos del habla en los cuales muestra cómo son nuestras acciones, y cómo nos manifestamos acerca de las cosas.

Wittgenstein por otro lado fue profesor de Cambridge, un filósofo del cual resulta mejor no anexar a ninguna corriente en específico por ser un hombre, como aquellos que no se adscriben a una escuela particular, sino que fundan ellos mismos su propia escuela, tal como Aristóteles, Marx, Kant, entre otros. La evolución de su pensamiento se ve marcada luego de la publicación del *Tractatus*.

Para la presente disertación son propicias las luces que nos arrojan, desde la perspectiva de los juegos del lenguaje, sus *Investigaciones Filosóficas* y la metáfora de la vieja ciudad, en contraposición con el afán clasificatorio, y carente de sentido, de John Austin.

Esta concepción de los juegos del lenguaje de Wittgenstein nos parece original y pertinente para abordar la crítica hacia Austin, siendo necesario recalcar que tal idea fue desarrollándose paulatinamente dejándose entrever desde el *Cuaderno azul*, donde hace mención a las diversas formas del lenguaje, aunque hubiese sido ello con matiz metodológica, y en el *Cuaderno marrón* en el que también ya se perfilaba de manera más clara lo que desarrollaría en sus *Investigaciones Filosóficas*, en las cuales concebiría los múltiples juegos del lenguaje como sistemas de comunicación cuyo aprendizaje se realiza mediante el adiestramiento en el uso de las normas que los rigen.

II

Según la falacia descriptiva Austin observa que no todos los enunciados describen, tal como él mismo señaló: “Durante mucho tiempo los filósofos han presupuesto que el papel de un “enunciado” sólo puede ser “describir” algún estado de cosas, o “enunciar algún hecho”, con verdad o falsedad” (Austin, 1990, p.41), y por ello añade: “No todos los enunciados verdaderos o falsos son descripciones; por esta razón prefiero usar la palabra “constativo”. (Austin, 1990, p.43) A ello añade un tipo de oración denominada *realizativa*, con la cual no se constata ni se describe algo, sino que al emitirla se realiza una acción: (cfr. Austin, 1990).

Por ejemplo, en las circunstancias apropiadas bajo la cual se bautiza un barco: “Bautizo...cuando, con la mano sobre los Evangelios y en presencia del funcionario apropiado, digo “¡Si, juro!, no estoy informando acerca de un juramento; lo estoy prestando.”(Austin, 1990, p. 47).

Al decir algo también debemos distinguir varios actos, estos son, primeramente el acto (de decirlo) de emitir ruidos con entonación o acentuación y que posean cierto sentido y referencia (*acto locucionario*), el acto que llevamos a cabo (al decirlo), tal como prometer, insultar, felicitar, jurar, entre otros (*acto ilocucionario*), y el acto que llevamos a cabo (porque) decimos algo, por ejemplo, el intimidar, asombrar, asustar, insultar, apenar, etc., (acto perlocucionario).

Vale decir que estos actos, son dimensiones de un mismo hecho, se dan al mismo tiempo, no son tres etapas ni uno tras el otro, sino que ocurren al hablar en un instante. Conforman tres facetas o dimensiones de una misma realidad.

Al momento, o en el acto de decir (locucionario) estoy transmitiendo significación, en ella hay sentido y significado en el sentido de Frege, mientras que en el acto al decir (ilocucionario), hay fuerza, puesto que estoy en ese momento haciendo surgir

preguntas, aburriendo al oyente, etc. Esta fuerza ilocucionaria habría sido el núcleo de toda la filosofía del lenguaje ordinario a partir de Austin, incluido su discípulo Searle.

A los efectos que provocamos porque decimos algo (perlocucionario), les concede menor importancia ya que no forman parte del hablante, tanto como del oyente. Dichos efectos pueden ser incluso no intencionados por el hablante, es decir, se encuentra más involucrado el oyente.

Resalta entre sus planteamientos el énfasis en la fuerza que tiene cada acción, sea ésta física corporal, o en el mismo lenguaje cuando logramos persuadir o convencer, ya sea con mayor o menor fuerza, a lo cual podríamos agregar que los caminos que toma para exponerlo son amenos, hasta cierto momento, y originales sobre todo por ser el primero en hablar de actos del habla. No obstante, en su exposición sobre el lenguaje pueden encontrarse también ciertos aspectos dados para plantearnos interrogantes, entre ellos su desmesurado afán clasificatorio que en cierto momento hacen sentir tediosa y sin fin alguno la lectura de sus páginas.

Así, nos encontramos una lista como la que sigue:

Agradezco	Estoy agradecido	Siento gratitud
Pido disculpas	Lo siento	Estoy compungido
Critico	} Considero censurable “ ”	Estoy disgustado por
Censuro		Siento desagrado por
Apruebo	Considero que está bien	Veo con aprobación
Lo felicito	Me alegro	Estoy contento que.

(Austin, 1990, p.123).

De tal lista, según Austin, la primera columna es de expresiones realizativas, la segunda no son puramente descriptivas, sino semi descriptivas, y las de la tercera son informes: (cfr. Austin, 1990).

Enfatiza los verbos haciendo largas listas clasificatorias de ellos, entre los cuales se encuentran los judicativos, los ejercitativos, los compromisorios, los comportativos, y los expositivos. Esta lista alberga aproximadamente unos cincuenta verbos e incluye su respectiva comparación con los demás: (cfr. Austin, 1990).

Aunque Searle le sigue, también crítica lo mismo a lo cual hoy hacemos alusión, su larga lista de verbos. Con ello nos preguntamos ¿será siempre el lenguaje así? ¿Funcionará indiscutiblemente de esa manera?

Para intentar responder estas interrogantes abordamos el punto de vista de otro autor, sin pretender tampoco tener una respuesta absoluta. En este caso recurrimos a la metáfora de la vieja ciudad de Ludwig Wittgenstein.

Hemos de mencionar primeramente que Austin *en apariencia* no se muestra influenciado por las ideas de Wittgenstein, aunque su lectura hace pensar lo contrario, no sólo porque le detracta, sino también porque crítica la idea de uso de Wittgenstein. Esto lo podemos comprobar cuando Austin afirma: “Puede decirse que durante demasiado tiempo los filósofos han desatendido este estudio y tratando todos los problemas como problemas de “uso (usage) locucionario” (Austin, 1990), y continúa: ““Uso” es una palabra demasiado amplia, incurablemente ambigua, tal como lo es la palabra “significado”, que muchos no toman hoy con seriedad”. (Austin, 1990).

Con ellos observamos que además de hacer referencia a los filósofos de Cambridge, como parte de la disputa Oxford-Cambridge, también se remite con su crítica del uso directamente a Wittgenstein.

A propósito del uso, en el párrafo 43 de las Investigaciones filosóficas, vale mencionar que Wittgenstein afirma: “El significado de una palabra es el uso que de ella se hace en el lenguaje” (Wittgenstein, 2002), rechazando con esto la noción de significado como correspondencia entre nombre y objeto así como entre las estructuras proposicionales y las estructuras de la realidad.

Wittgenstein nos remite a los juegos del lenguaje como una manera más amplia de entender el funcionamiento del mismo, ya que así como en los juegos son imprescindibles las reglas, en los incontables juegos que conforman nuestro lenguaje, el uso de las palabras viene regido igualmente por ellas, -tal como las piezas de un juego-, y una misma palabra puede cobrar diversos significados en los diversos contextos que los cuales se use.

Tal como sucede con los juegos, que su número no puede fijarse ni pueden ser los mismos a lo largo del tiempo, ocurre con los usos del lenguaje, los cuales no pueden quedar establecidos por siempre, sino que van ligado a un proceso mediante el cual van apareciendo nuevas formas, otros desaparecen y otros simplemente caen en desuso.

Los juegos pueden jugarse o no, pero quien desee jugarlo deberá encontrarse bajo las reglas que le caracterizan. Con este planteamiento de los juegos y lo anteriormente bosquejado sobre Austin recordamos un fragmento del texto de Vicente Muñiz Rodríguez en su interpretación que hace sobre los actos locucionario e ilocucionarios en donde menciona que:

El acto locucionario o acto de decir algo debe ser distinguido del acto de decir algo que incluye hacer algo y que Austin denomina acto ilocucionario (illocutionary Act). Esta distinción descansa en la manera de usar la prolocución de la frase. A título ilustrativo el mismo Austin propone algunas de estas diversas maneras de uso; preguntar o responder; dar una información, dar seguridad, hacer una advertencia; anunciar un veredicto o una intención;

dictar sentencia; hacer una cita o una apelación o una crítica; identificar o hacer una descripción. Toda una lista de juegos lingüísticos que no puede por menos que evocar la reseñada por Wittgenstein. (Muñiz, 1989, p.151, 152).

No solamente ese aspecto, ya mencionado por Muñiz, nos hace pensar en una posible influencia de Wittgenstein en Austin respecto a los juegos, sino también cuando el mismo Austin señala que:

Hablando en términos generales, siempre es necesario que las *circunstancias* en que las palabras se expresen *sean apropiadas*,... Además, de ordinario, es menester que el que habla, o bien otras personas, deban *también* llevar a cabo *otras* acciones determinadas “físicas” o “mentales”, o aun actos que consisten en expresar otras palabras. Así, para bautizar el barco, es esencial que yo sea la persona designada a esos fines; para asumir el cargo es esencial que yo reúna los requisitos correspondientes, etc.; para que tenga lugar una apuesta, es generalmente necesario que haya sido aceptada por otro (el que tiene que haber hecho algo, por ejemplo, haber dicho “aceptado”); y difícilmente hay un obsequio si *digo* “te doy esto” pero jamás entrego el objeto: (cfr. Austin, 1990, p.49).

Luego de leer la cita anterior, nos interrogamos, ¿no estará acaso Austin haciendo referencia a las reglas empleadas en un determinado juego para que tenga validez y sea efectivo? Para constatar esto, y comparar con la cita precedente de Austin, nos remitimos al párrafo 23 de las Investigaciones filosóficas en el cual Wittgenstein sostiene:

La expresión <<*juego de lenguaje*>> debe poner de relieve aquí que *hablar* el lenguaje forma parte de una actividad o de una forma de vida. Ten a la vista la multiplicidad de juegos de lenguaje en estos ejemplos y en otros:

-Dar órdenes y actuar siguiendo órdenes-

- Describir un objeto por su apariencia o por sus medidas.
 - Fabricar un objeto de acuerdo con una descripción (dibujo)-
 - Relatar un suceso-
 - Hacer conjeturas sobre un suceso-
 - Formar y comprobar una hipótesis-
 - Presentar los resultados de un experimento mediante tablas y diagramas-
 - Inventar una historia; y leerla-
 - Actuar en teatro-
 - Cantar a coro-
 - Adivinar acertijos-
 - Hacer un chiste; contarlo-
 - Resolver un problema de aritmética aplicada-
 - Traducir de un lenguaje a otro-
 - Suplicar, agradecer, maldecir, saludar, rezar...
- (Wittgenstein, 2002, p. 41).

Todo ello no hace más que contribuir a que el lector de la obra de Austin, observe en sus planteamientos cierta influencia del pensamiento de Wittgenstein. Ahora bien, para ahondar en la descripción del lenguaje como juego, e intentar responder a las interrogantes antes planteadas sobre el lenguaje surgidas a partir de las clasificaciones de Austin, consideramos necesario recurrir a una de las metáforas de Wittgenstein, en esta ocasión la de las calles de una vieja ciudad en la cual menciona que:

Nuestro lenguaje puede verse como una vieja ciudad: una maraña de callejas y plazas de viejas y nuevas casas, y de casas con anexos de diversos períodos; y esto rodeado de un conjunto de barrios nuevos con calles rectas y rectangulares y con casas uniformes. (Wittgenstein, 2002, p. 8)

En esta metáfora consideramos que se muestra la naturaleza del lenguaje. En ella

podemos distinguir conjuntamente el lenguaje ordinario y el lenguaje científico, los cuales se rigen por reglas diversas y en los cuales se dan diferentes usos de las palabras.

Esta metáfora también nos hace reflexionar en el hecho de que el lenguaje evoluciona. Así, a la vez que muchas palabras caen en desuso o mueren, otras nacen para reemplazar a las anteriores.

Las ciudades se desarrollan de manera natural, así como el lenguaje, pero también se van creando nuevos sistemas de lenguajes artificiales para dar explicaciones que se necesiten, y la ciudad se va modificando.

Desde este punto de vista el lenguaje lo tiene todo porque nos permite desde contar un chiste hasta hacer ciencia, razón por la cual intentar clasificarlo se convierte en un absurdo.

Vemos en Austin, además de una similitud en lo correspondiente a los juegos del lenguaje con Wittgenstein, que se encuentra tan sumido e interesado por el lenguaje que se olvida del hablante, siendo en ese momento más lingüista que filósofo del lenguaje.

Ellos nos hace considerar que en aquella viaje ciudad descrita por Wittgenstein, Austin toma un camino hacia una calle que no le conduce hacia ninguna otra, una calle ciega, así como esa misma calle sin salida que tomaron los neo positivistas en una búsqueda de la pretendida verdad absoluta para el conocimiento científico. Todos aquellos quienes pretendan ver el lenguaje como un sistema cerrado, exclusivo, o esquematizado concurren en la misma calle.

Muñíz, expone:

La verdad y la falsedad no son propiedades exclusivas de los enunciados constataivo, sino de todas las expresiones en tanto éstas realizan determinados actos ilocucionarios. Por ello, una clasificación de los actos del habla se transforma en otra clasificación: la de las fuerzas ilocucionarias. (Muñíz, 1989, p.152).

Austin pretende ser esquemático y decirnos cómo es el lenguaje incidiendo en una especie de gramática prescriptiva, pero en el lenguaje ello no parece tan sencillo, ¿será que verdaderamente las reglas son tan rígidas o dependerán más bien de un contexto?

Austin parece olvidar los contextos en los cuales nos desenvolvemos diariamente, aún cuando sabe que existen, pues los admite en sus ejemplos como en el caso del juramento del bautizo del barco, o el acto del matrimonio, al señalar que cuando se da una determinada situación todo lo demás debe sucederse igual, dando por sentado que todo debe funcionar siempre de la misma manera.

De esta forma convierte al lenguaje en algo estricto, rígido o disciplinado, sin estimar que las reglas dependen del contexto en los cuales se desarrollan las acciones.

Nos atrevemos a imaginar un poco más, y a partir de su propia exposición de palabras, podríamos afirmar que sus frecuentes neologismos muy bien hubiesen formado parte de algún nuevo anexo de alguna vieja casa en aquella vieja ciudad.

Tal como afirma Wittgenstein, imaginar un lenguaje significa imaginar una forma de vida: (cfr. Wittgenstein, 2002), y para tener en cuenta la amplitud de ello recordamos nuevamente el parágrafo 23 en el cual sostiene:

¿Pero cuántos géneros de oraciones hay?
¿Acaso aserción, pregunta y orden?- Hay innumerables géneros: innumerables géneros diferentes de empleo de todo lo que llamamos <<signos>>, <<palabras>>, <<oraciones>>. Y esta multiplicidad no es algo fijo, dado de una vez por todas; sino que nuevos tipos de lenguaje, nuevos juegos de lenguaje, como podemos decir, nacen y otros envejecen y se olvidan. (Wittgenstein, 2002, p. 39).

En conclusión a estas consideraciones nos permitimos expresar que nuestro lenguaje no es un reflejo exacto de algún modelo en el cual creamos que se encuentra contenida

la realidad, sino más bien una herramienta para el desarrollo de la vida del hombre, y esto cobra mayor sentido si recordamos el arco intencional de Merleau Ponty según el cual nos encontramos en una constante correspondencia con el mundo de manera reciproca en el que éste nos responde y nos interroga, así como nosotros también le interrogamos y le respondemos, y en el que nuestro cuerpo también funciona como un instrumento de recepción y traducción de los hechos del sentir y del obrar, es decir, un mediador entre mi yo y el mundo.

El lenguaje es el cuerpo de nuestros pensamientos y hace posible la mediación, interpretación y traducción de, y con el mundo. Por ende, afirmamos una vez más que resulta absurdo una clasificación del lenguaje en tanto que, los significados provienen los distintos usos de las palabras con las respectivas reglas que le rigen en los diferentes y múltiples contextos que le constituyen dentro de un mundo lleno de significación, y en el que estamos inmersos formando y siendo parte de una red de relaciones intersubjetivas.

Referencias bibliográficas:

LECTURAS PRINCIPALES

- Austin, J. L. (1990). *Cómo hacer cosas con palabras*. Paidós. Barcelona. España.
- Wittgenstein, L. (2002). *Investigaciones filosóficas*, UNAM. Crítica, México.

LECTURAS SECUNDARIAS

- Muñíz Rodríguez, V. (1989). *Introducción a la Filosofía del Lenguaje. Tomo I: Problemas ontológicos*. Anthropos, Madrid.